



LA PEREGRINACIÓN Y SUS MODOS

3

RITOS Y CEREMONIAS

AUTORES DEL PROYECTO:

JAIME NUÑO GONZÁLEZ

PEDRO LUIS HUERTA

Tantos siglos de peregrinación han dado lugar a un conjunto de ritos, ceremonias y tradiciones entre los caminantes que ha sido y sigue siendo casi obligado cumplir para que todo el proceso espiritual que supone el viaje sea completo. Aunque algunos de esos ritos están vinculados a celebraciones litúrgicas, los más famosos sin embargo son costumbres de origen desconocido, aunque en el fondo tienen un valor piadoso. En nuestros tiempos aún sobreviven algunos, aunque otros que fueron fundamentales en siglos pasados se han ido olvidando, tal vez en espera de que algún nostálgico de las revitalizaciones simbólicas los vuelva a poner de moda.

El Camino de Santiago ha sido a lo largo de los siglos una ruta cargada de símbolos y de iconos. Hoy, con una mezcla de devoción, de nostalgia histórica y de valor turístico, el Camino Francés está salpicado de referencias a esta tradición viajera milenaria, recuperándose por un lado antiguas tradiciones y por otro surgiendo por doquier hitos que nos recuerdan y homenajean el paso de muchedumbres durante largos siglos. En la imagen moderno monumento a los peregrinos en el Puerto del Perdón (Navarra).



No era propiamente un rito, pero para los antiguos peregrinos que cruzaban por Roncesvalles era obligado venerar los escenarios vinculados con la batalla en la que había sucumbido, a fines del siglo VIII, el ejército de Carlomagno. La memoria de aquel episodio se iniciaba en territorio francés, en la Cruz de Carlomagno (que ya había desaparecido en el siglo XVI) donde la tradición aseguraba que había orado el emperador mirando hacia Compostela, “por este motivo, los peregrinos tienen por costumbre hincarse allí de rodillas y orar vueltos hacia la patria de Santiago y cada uno deja clavada una cruz”, dice Picaud. Luego se pasaba por la peña tajada por Roldán, para visitar, ya en Roncesvalles, las tumbas de los Doce Pares.



A su paso por Roncesvalles los peregrinos se iban llevando como recuerdo, con el mismo valor que si de reliquias se tratase, fragmentos de las tumbas de los Doce Pares, hasta su completa desaparición en 1560, cuando coincidieron en el lugar las delegaciones francesa y española para firmar la paz de Chateau-Cambrésis. Dice un testimonio de la época que “los muchos franceses que acudieron a aquel acto acabaron de vaciarlas, llevándose los pocos huesos que hallaron, y también los llevaron muchos españoles”. En el mismo lugar se pudieron ver durante muchos siglos armas procedentes supuestamente de aquella antigua batalla.



El culto a los sitios donde ha tenido lugar un milagro es alimento espiritual que en tiempos pasados iba nutriendo las fuerzas devocionales del caminante y combatiendo periódicamente sus flaquezas. Esos lugares son múltiples, pero uno de los más populares es Santo Domingo de la Calzada, donde un joven alemán llamado Hugonell fue acusado falsamente de robo sacrílego y por ello ahorcado, aunque gracias a la intercesión del Apóstol permaneció colgado del patíbulo sin morir. Yendo sus padres a contarle el portento al corregidor de la villa, éste les respondió jocosamente que “vuestro hijo está tan vivo como este gallo y esta gallina que me disponía a comer antes de que me importunarais”, comenzando entonces las aves a cacarear”.

La presencia del gallinero en la catedral de Santo Domingo de la Calzada está documentada ya en 1350, aunque el actual data de finales del siglo XV. A veces los peregrinos cogían allí mismo plumas de estas aves, para decorar su sombrero o porque se les atribuían igualmente un poder curativo, y sorprendentemente ¡nunca se acababan!



El rito va tomando fuerza a medida que se avanza hacia Compostela. Uno de los hitos más conocidos es el de la *Cruz de Ferro* de Foncebadón (León), que se alza en el Monte Irago, sobre un poste y éste a su vez sobre un cúmulo de piedras que durante siglos han ido depositando los peregrinos, pero también los segadores gallegos que iban a trabajar a Castilla y ahora los innumerables turistas que se hacen la foto en el lugar. En tiempos, la costumbre de depositar piedras en hitos geográficos, preferentemente marcados con una cruz, estuvo mucho más extendida.

Cruz de Ferro

Costumbre desaparecida también, pero muy famosa en siglos medievales era la que se iniciaba en Triacastela (Lugo), “donde los peregrinos cogen una piedra y la llevan hasta Castañeda para obtener cal destinada a la obra de la basílica del Apóstol”, según cuenta Aymeric Picaud a mediados del siglo XII. Era una piadosa y sufrida aportación individual a la construcción de la catedral, que suponía cargar con un peso (suponemos que de distinta medida, según la piedad y penitencia de cada sujeto) por empinados y tortuosos caminos nada menos que durante 90 kilómetros. No sabemos si por el esfuerzo que suponía o por la desaparición de los hornos, la costumbre es ahora sólo un recuerdo.

En la hoy humilde aldea de Castañeda (A Coruña) se hallaban los hornos de cal de los que se proveía la fábrica de la catedral de Santiago.



Con la llegada a Santiago el componente simbólico y litúrgico inspira casi todos los actos del peregrino. La alegría estalla en el Monte do Gozo, donde “postrándonos de rodillas y por la gran alegría cayeron de los ojos lágrimas, y comenzamos a cantar el *Te Deum*”, cuenta Domenico Laffi. En este punto existía la costumbre de nombrar “rey” a quien primero del grupo de caminantes avistaba las torres de la catedral y en su cima existió una cruz de término en la que también se depositaban piedras.



Monte do Gozo, punto donde los peregrinos avistan las torres de la catedral, presidido hoy por un monumento que recuerda la alegría que durante siglos han experimentado los caminantes al llegar a este sitio, antesala de la tumba del Apóstol.

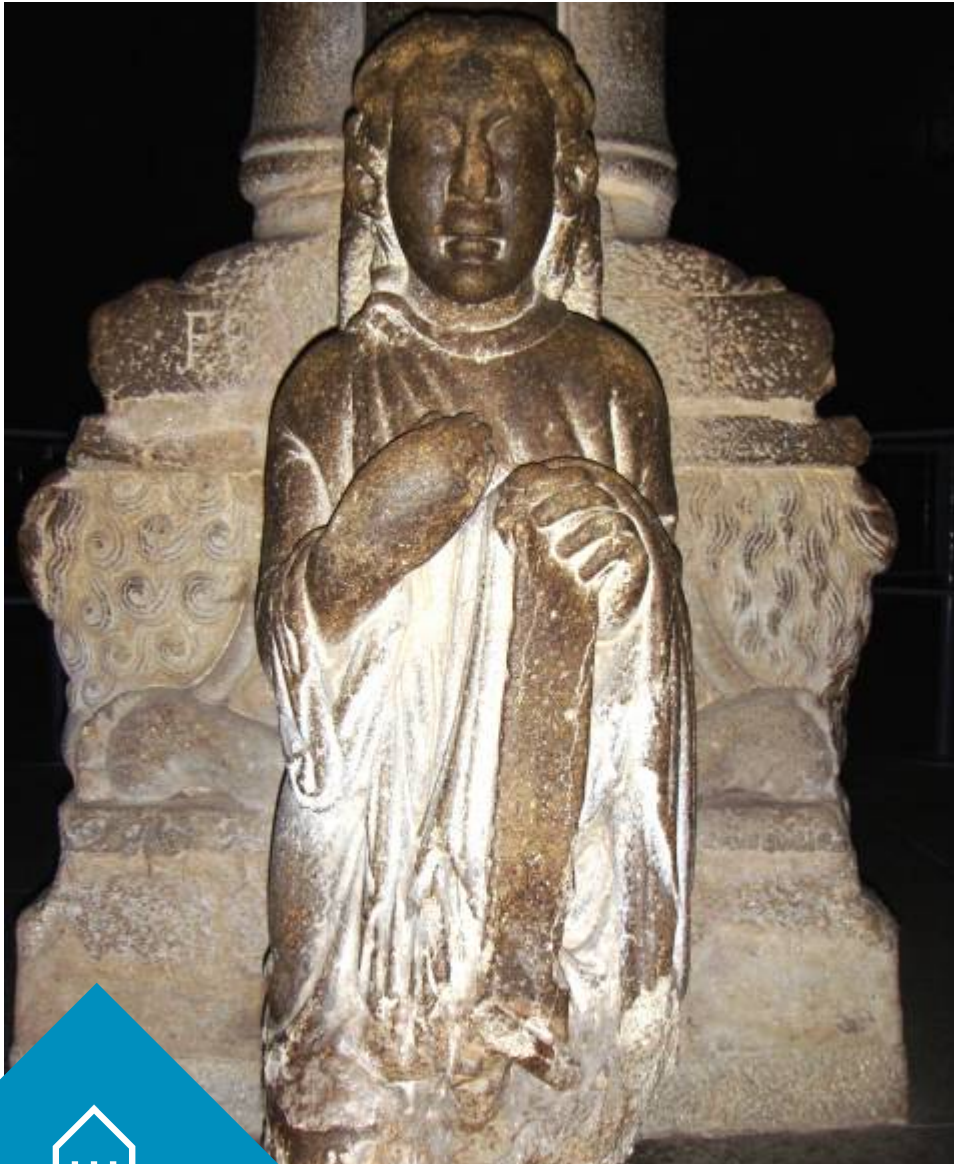
Habitualmente el peregrino dedicaba un tiempo a prepararse para visitar la tumba. En la gran fuente de la Azabachería, construida en 1122, se lavaban antes de entrar por la puerta norte del templo. Los más pobres iban a la zona que hay junto a la cabecera y ante la vista de la *Cruz dos Farrapos* (que se alza junto a la torre del crucero), se despojaban de sus harapos y vestían ropas que les entregaba el cabildo de la catedral, según costumbre que se remonta al menos hasta el siglo XI y que aún se mantenía en el XVII.

Antigua cruz de bronce conocida como Cruz dos Farrapos, en la cubierta de la catedral compostelana.



**Santa María
la Real** fundación

tú reconstruyes
futuro



Dentro de la catedral era casi obligado hacer alguna ofrenda, pecuniaria o en especie, como entregar cera o aceite para la iluminación del templo, antes del necesario proceso litúrgico que culminaba con el abrazo a la imagen de Santiago que se halla sobre su tumba, a la vez que se dice: “Amigo, encomiéndame a Dios”. Hace pocos años y para evitar el creciente deterioro, se han prohibido otras dos antiguas costumbres en el Pórtico de la Gloria: posar la mano sobre el *Árbol de Jesé* (la *Columna de los Deseos*) y, para tener buenos pensamientos, golpear con la cabeza en el *Santo dos Croques* (considerado el retrato del maestro Mateo).

Santo dos Croques

Uno de los valores de la catedral y del Apóstol ha sido durante toda su historia la capacidad que tienen para convocar gentes de muy distintas tierras, lenguas y costumbres. “A este lugar vienen pueblos bárbaros y los que habitan en todos los climas del mundo”, dice el sermón *Veneranda dies*. “Atienden el culto cien sacerdotes, sin contar los acólitos y otros servidores”, puntualiza Aymeric Picaud. Un escenario poderoso y multitudinario sobre el que, desde el siglo XIV, sigue esparciendo el incienso el *Botafumeiro*. Cumplidas todas las obligaciones el peregrino obtiene la *Compostela*, que le acredita haber realizado un viaje por motivo de devoción del que siempre guardará memoria.



Liturgia de Santiago con el balanceo del Botafumeiro.